

Homilía de La Inmaculada Concepción

Año litúrgico 2016 - 2017 - (Ciclo A)

“Nos eligió en la persona de Cristo para que fuésemos santos”

Pautas para la homilía

Un proyecto escondido en el corazón de Dios

En el prólogo de la carta a los Efesios, Pablo adopta el texto de lo que seguramente es un himno litúrgico utilizado en las primeras comunidades cristianas para expresar su fe. Es un texto grandioso, que condensa en el aliento de una sola frase solemnísima el misterio del Dios que nos ha elegido para ser santos.

En sucesivas oleadas, el estribillo recurrente es la gloria de Dios ("la gloria de su gracia"), para la que todo ha sido creado. Una finalidad que, a diferencia de lo que pensaron algunos filósofos, no va en detrimento del bien del hombre. Al contrario, Dios resulta tanto más glorificado cuanto más progresiona el ser humano: el bien de éste -su santidad en último término- redonda en reconocimiento de la grandeza de quien lo hizo, lo sostiene y lo colma de sus dones.

La primera página de la encíclica de san Juan Pablo II sobre la Virgen (Redemptoris mater) recoge este pasaje paulino para subrayar su cumplimiento eminente en la persona de María, la madre de Cristo. El proyecto de Dios ha alcanzado en ella su manifestación más genuina, su más acabada realización.

En conflicto histórico con la libertad humana

¿Por qué fue tan tardía esa realización? Porque en el comienzo de la historia humana hubo una infausta decisión por parte del destinatario de aquel proyecto de amor. El hombre no supo usar convenientemente de la libertad que le fue otorgada por el creador. No la empleó para aceptar la voluntad de quien sólo quería su bien y se privó de lo que éste le prometía, introduciendo así el pecado en el mundo.

En la medida en que el plan divino quedó alterado por aquella inicial negativa, ésta influyó peyorativamente en el resto de la humanidad, heredera de una libertad debilitada desde entonces para poder obrar siempre el bien. Los protagonistas bíblicos de este drama originario fueron, según el texto, Adán y Eva, inducidos al pecado por una misteriosa serpiente en la que se hizo presente el mayor enemigo de Dios.

Pero la misericordia de Dios no abandonó su proyecto eterno sobre el ser humano. Prometió desde el principio que otra mujer y otro hombre prevalecerían sobre aquel enemigo funesto. Y acompañó sin cesar, en un proceso de lenta maduración, a aquella humanidad decaída. Los Santo Padres hablaron con frecuencia de María como nueva Eva, que, al prestarse a ser madre del nuevo Adán, Cristo Jesús, dio al mundo el Liberador de aquella penosa situación, de aquella herencia pecaminosa.

Culminación providente de aquel proyecto de amor

"Al llegar la plenitud de los tiempos", es decir, cuando aquella humanidad herida fue capaz de acoger, por fin, provechosamente la primitiva promesa de Dios, entonces éste quiso cumplirla de manera insospechada. Y decidió contar para ello con una mujer.

Un ángel la saludó con un misterioso apelativo: "llena de gracia". María se turbó al ser interpelada de aquella manera. Pero el mensajero insistió: "has encontrado gracia ante Dios". Si lo que estaba a punto de ocurrir era una obra de gracia, la obra de la gracia por excelencia, era conveniente que la mujer elegida para tal acontecimiento fuera también toda ella un trasunto de la gracia.

La Iglesia ha visto siempre en estas expresiones del texto sagrado una alusión implícita a la vida incontaminada de María desde el primer instante de su existencia en el seno materno. Ella es la "Toda santa", como la llaman los cristianos orientales. La 'siempre santa', podríamos añadir también nosotros. Gracias a ella, gracias al Hijo de sus entrañas, fue posible restaurar la obra de gracia que Dios quiso hacer con el hombre desde el principio.

Celebrar la Concepción inmaculada de María es recordar este misterio del amor de Dios, entorpecido por el pecado y superado infinitamente por la misión del Hijo nacido de su esclava. Es dar gracias por su gracia, es reconocer la excelencia de aquella a la que llamamos Virgen Santísima y es tratar de imitarla, encomendándonos a ella, en la respuesta a nuestra vocación de santidad.



Fray Emilio García Álvarez O.P.

Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

Soy un sacerdote dominico nacido en la provincia de León. Entré en la Orden de Predicadores muy joven, en septiembre de 1958, atraído por la liturgia y la predicación de los frailes de la iglesia donde asistía al culto desde niño, en Madrid. Me formé en Palencia (noviciado), en Alcobendas (Madrid, Filosofía), Salamanca (Teología) y finalmente en París (Liturgia). Mi dedicación principal ha sido la docencia en Teología dogmática, en la Facultad de San Esteban, de Salamanca. Me gusta el cine, la lectura y la traducción, y predicar en la liturgia, en charlas o conferencias y en el acompañamiento personal.